

## INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA DEL LIBRO DEL B. PADRE TOBÍAS. (C)

El libro del santo Padre Tobías, incluso en la superficie de la letra, es saludable para los lectores, ya que abunda en máximas de vida moral, ejemplos y consejos. Y si alguien sabe interpretarlo también alegóricamente, verá que su sentido interior supera tanto a la simplicidad de la letra como las frutas a las hojas. Se prueba que contiene en sí los grandes sacramentos de Cristo y de la Iglesia, si se entiende espiritualmente. Pues el mismo Tobías designa al pueblo de Israel, que, mientras todas las naciones se entregaban a la idolatría, él servía a Dios con fe recta y obras justas, como se lee de Tobías.

(Tob. I.) Porque cuando todos iban a los becerros de oro, etc. Jeroboam, quien fabricó becerros de oro para engañar a sus súbditos, expresa al autor de la idolatría.

Y aunque Tobías fue capturado... no abandonó el camino de la verdad. Esta cautividad hecha por el rey de Asiria designa aquella cautividad del género humano, por la cual, por el rey de todos los malvados, es decir, el diablo, fue expulsado de la patria celestial y trasladado a la peregrinación de este exilio.

Tobías compartía todo lo que podía tener diariamente con sus hermanos cautivos, etc. Y el pueblo de Israel, en sus doctores, ministraba la limosna de la palabra de Dios no solo a los oyentes rudos de su propia gente, sino también a aquellos que de las naciones querían convertirse al rito de su conversación. Pues todo lo que podía tener de bien natural, que no fuera arrebatado por el enemigo cautivador, lo mostraba todo como ejemplo de virtud. Pero también siempre daba alguna porción de ciencia salvadora incluso a los gentiles; lo cual es que Tobías ministraba la décima parte de su sustancia a los forasteros.

Tobías, después de hacerse hombre, tomó por esposa a Ana de su tribu, etc. Y el mismo pueblo, después de crecer y multiplicarse en Egipto, tomó la sinagoga instituida con ceremonias legales por Moisés.

Engendró de ella un hijo, etc. Porque conoció que Cristo nacería de su linaje, como dice Moisés: "Dios nuestro os suscitará un profeta de entre vuestros hermanos, como yo, a él escucharéis" (Deut. XVIII). Y el Señor a David: "Del fruto de tu vientre pondré sobre mi trono" (Sal. CXXXI). A quien le impuso su nombre, creyendo y confesando lo que dice de él el padre: "Y yo lo pondré como primogénito" (Sal. LXXXVIII). Como dice de ese pueblo: "Mi hijo primogénito Israel" (Éxod. IV).

A quien desde la infancia enseñó a temer a Dios, etc. Creyendo y confesando que no cometería pecado, ni se hallaría engaño en su boca, sino que lo llenaría el espíritu del temor del Señor.

Tobías dio a Gabelo, su compatriota necesitado, diez talentos de plata bajo un documento. Y el pueblo de Dios confió a las naciones, a través de los Setenta Intérpretes, el conocimiento de la ley divina contenida en el Decálogo, para liberarlas de la indigencia de la infidelidad. Sin embargo, lo dio bajo un documento, es decir, bajo la condición de devolverlo, después de que él mismo se enriqueciera, o quien lo había dado lo reclamara. Las naciones recibieron la palabra de Dios del pueblo de Israel a través de la interpretación, que después de la encarnación del Señor también entienden espiritualmente ahora, y ejercen para adquirir las riquezas de las virtudes; y devuelven al prestamista, cuando los creyentes al final de los tiempos reciben a los judíos en la unidad de la Iglesia, y les confían los sacramentos de Cristo para su salvación, y también les revelan los secretos de las Escrituras.

Tobías es ordenado por el rey a ser asesinado, y toda su sustancia a ser confiscada por los bienes que hizo, etc. Y el diablo se esforzaba por destruir al pueblo de Dios mediante la idolatría con muerte espiritual, y quitarle todas las riquezas de las virtudes, pero no pudo; porque había muchos santos doctores en él, que proveían a su vida y salvación.

Sin embargo, huyó con su hijo y esposa. Porque el enemigo no pudo quitar la fe en la encarnación del Señor, ni el estado de la sinagoga, aunque insistiera violentamente, lo cual se destacó mucho en los combates de los Macabeos.

Pero después de que el rey fue asesinado por sus hijos, todo lo suyo fue restaurado a Tobías. Porque, habiendo sido vencido muchas veces el diablo y condenado por sus crímenes, que engendró como una prole malísima, las cosas prósperas regresaban al pueblo de Dios. Con estas altercaciones también vemos fluctuar el estado de la Iglesia después de la encarnación del Señor.

(Tob. II.) Fatigado de sepultar, Tobías llegó a su casa, ... y quedó ciego. No te maravilles, lector, de que a veces los buenos hechos tipifiquen el mal, y a veces los malos hechos de los hombres signifiquen el bien. Si no fuera permitido, nunca se escribiría Dios con tinta negra, sino siempre con oro resplandeciente, porque es luz. Pero aunque escribas el nombre del diablo en una piedra blanca, no obstante, significa profundas tinieblas. Tobías ciego designa que, como dice el Apóstol, "una parte de Israel ha sido endurecida" (Rom. XI). Se fatigó de sepultar y quedó ciego, porque quien persiste infatigable en las buenas obras, nunca es privado de la luz de la fe. Yace espiritualmente y duerme fatigado, quien descuida vigilar y mantenerse en la fe, actuar virilmente, fortalecerse. A quien bien le conviene aquello apostólico: "Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo" (Efes. V). Las golondrinas, por su vuelo ligero, figuran la soberbia y la ligereza del corazón, cuya inmundicia ciega inmediatamente a aquellos sobre quienes domina. Pues quien duerme bajo un nido de golondrinas, es como quien incautamente somete su mente a la ligereza, la lascivia y la soberbia. Esta ceguera prevaleció sobre el pueblo de Israel, especialmente con la inminente venida del Señor en la carne, cuando también eran oprimidos por el yugo de la servidumbre romana, y violaban los preceptos de la ley divina viviendo pésimamente.

Los parientes de Tobías le insultaban, y su esposa le reprochaba, como si hubiera servido a Dios en vano. A quienes él increpaba e instruí, y se volvía a Dios orando. Había en ese pueblo algunos que, con temeridad insensata, insultaban las miserias de ese pueblo, que ya distaban de la felicidad de los antiguos padres santos, que en otro tiempo servían a Dios sublimemente entre ellos. A quienes el mismo pueblo, por medio de sus doctores y elegidos, se esforzaba diligentemente en corregir, y se convertía a implorar la clemencia de Dios para la percepción de la vida eterna. No debe parecer fuera de lugar que el mismo Tobías, ciego y predicador de la palabra de Dios, se diga que significa a la vez a los reprobos y a los elegidos. Pues también el patriarca Jacob, luchando con el ángel, fue hecho cojo y bendecido al mismo tiempo; significando en la cojera a los infieles de su gente, y en la bendición a los fieles.

(Tob. III.) Sara, hija de Ragüel, en la ciudad de los medos, que había sido entregada a siete maridos, y el demonio los mataba tan pronto como entraban a ella. Denuncia figuradamente a la multitud de las naciones, cuyos doctores solo conocían la vida de este mundo, que se desarrolla en siete días, y no sabían decir nada de la eterna. Por eso todos son arrebatados por el diablo, como esclavos de la idolatría, hasta que venga el verdadero esposo, nuestro Señor, quien la unió a sí por la fe, vencido el enemigo; como Tobías tomó a Sara como esposa, con el demonio atado, por orden y cooperación del arcángel, por quien se significa no

incongruentemente la divinidad de nuestro Salvador, así como por Tobías la humanidad. No se maravillará de esto quien haya leído en las exposiciones de los venerables Padres que una sola persona de él, sufriendo por la salvación del mundo, está figurada en Isaac, quien era ofrecido por su padre en el altar, y en el carnero, que era inmolado. Quien en la humanidad era matado como oveja, en la divinidad permanece impassible con Dios Padre, como Isaac vuelve vivo a su casa con su padre. Pues si adecuadamente el carnero designa la humanidad de Cristo, el hombre designa la deidad; ¿por qué no mucho más adecuadamente el hombre significa la humanidad, y el ángel la deidad?

Fue enviado, pues, el ángel santo del Señor, Rafael, que se interpreta medicina de Dios, para liberar a Tobías de la ceguera y a Sara del demonio. Fue enviado el Señor al mundo, quien de sí mismo dice: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos" (Luc. IV); quien redimiera al pueblo judío de las tinieblas de la infidelidad, y a la gentilidad de la servidumbre de la idolatría. De quien dijo el profeta: "Y su nombre será llamado Ángel del Gran Consejo" (Isa. IX).

(Tob. V.) Apareció el ángel a Tobías, y se le ofreció como compañero, por quien realizaría las maravillas para el pueblo al que había sido enviado. Y el Hijo de Dios asumió al hombre, en quien visiblemente conversó con los hombres, para salvar al género humano.

Tobías introdujo al ángel a su padre, quien lo saludó, diciendo: Que la alegría sea siempre contigo. A lo que él respondió: ¿Qué alegría tendré yo, que estoy sentado en tinieblas y no veo la luz del cielo? Ten ánimo, dijo, está próximo que seas curado por el Señor. Y nuestro Señor, por los milagros que hizo en la carne, mostró al pueblo de los judíos, de quienes había tomado la carne, que él es el Hijo de Dios, y ángel, es decir, mensajero de la voluntad paterna. A quien también predicó la alegría de la salvación perpetua, diciendo: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. III). Y a los que desesperaban de adquirir la luz celestial: "Yo soy", dijo, "la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Juan VIII).

El ángel promete a Tobías llevar a su hijo a la ciudad de Rages de los medos, y devolverlo a él. El Señor promete a los creyentes del pueblo de los judíos, aunque el mismo pueblo esté en gran parte ciego, que abrirá los sacramentos de su encarnación al pueblo de los gentiles, y nuevamente al final de los tiempos, los revelará más ampliamente a su pueblo del que había tomado la carne, acompañando y operando en todo lugar con la fe de su divinidad. Él mismo dice sobre la conducción a los medos: "Y tengo otras ovejas que no son de este redil, y también a ellas debo traer" (Juan X). Dice el Apóstol sobre el retorno: "Hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo" (Rom. XI).

Preguntando Tobías al ángel de dónde era: Yo soy, dijo, Azarías, hijo de Ananías el grande. Azarías se interpreta como el Señor es mi ayudador, Ananías como la gracia del Señor. Y el Señor a los que creen en él les indica que él es aquel a quien el profeta deseando cantaba: "Sé mi ayudador y mi libertador, Señor, no te demores" (Sal. LXIX). De quien también el evangelista: "Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Juan I).

Entonces, preparados todos los que eran para llevar en el camino, Tobías se despidió de su padre y madre, y caminaron ambos juntos. Al aparecer el Señor en la carne, se prepararon todas las cosas que pertenecían a la redención del mundo, y con las que la fe y la vida de la santa Iglesia serían nutridas y fortalecidas, hasta que terminara el camino de este siglo; es decir, sus virtudes, doctrina, tentación, pasión, resurrección, ascensión, misión del Espíritu

Santo, fe de los creyentes, persecución de los infieles. Con estas cosas realizadas en Judea, el mismo Mediador de Dios y de los hombres predicó por medio de los apóstoles al pueblo y a la sinagoga, de donde había tomado el origen de la carne, las alegrías de la salvación y paz celestial. Y a aquellos que querían creer y recibir, les otorgó estas cosas por sí mismo, y así vino a la salvación de los gentiles en sus mismos doctores.

(Tob. VI.) Partió, pues, Tobías, y el perro lo siguió. Al venir el Señor a salvar a las naciones, los santos predicadores siguieron sus huellas, porque cumplieron lo que mandó: "Id y enseñad a todas las naciones" (Mat. XXVIII). De hecho, el Señor llenó primero con el Espíritu Santo la casa de Cornelio, y así Pedro la roció con agua (Hech. X). Los doctores son llamados perros; porque defienden la casa, la sustancia, las ovejas espirituales de su Creador, de los ladrones y bestias, es decir, de los espíritus inmundos y de los hombres herejes.

Tobías, guiado por el ángel, se detuvo la primera noche junto al río Tigris; y salió para lavar sus pies, y he aquí que un pez enorme salió para devorarlo. Aquí se manifiesta nuevamente el sacramento de la pasión del Señor. El pez enorme, que Tobías, cuando intentaba devorarlo, mató por instrucción del ángel, designa al antiguo devorador del género humano, es decir, al diablo, quien, mientras buscaba la muerte de la carne en nuestro Redentor, fue capturado por el poder de la divinidad. El río Tigris, que por su curso rapidísimo tomó su nombre de la bestia más veloz, el tigre, indica el curso de nuestra muerte y mortalidad. En el cual el pez enorme se ocultaba, porque el invisible seductor del género humano tenía el dominio de la muerte. Tobías se detuvo junto a las corrientes del Tigris, porque el Señor, apareciendo en el mundo, vivió entre pecadores y mortales, pero ni la ola del pecado lo tocó, ni el príncipe de las tinieblas encontró algo suyo en él al venir. Sin embargo, Tobías salió al río para lavar sus pies; y el Señor asumió la muerte, a la que nada debía, para lavar a todos los fieles, es decir, sus miembros, de la mancha del pecado y la muerte. El pez se le presentó a Tobías, deseando devorarlo; y al Señor crucificado vino el diablo, quien había enseñado a crucificarlo, buscando si acaso encontraba algún pecado en su alma.

Tobías, temiendo al pez, clamó en alta voz, diciendo: Señor, me invade. Y el Señor, en el inminente momento de la muerte, comenzó a temer y a angustiarse, no temiendo al diablo, sino a la muerte, que "por la envidia del diablo entró en el mundo" (Sab. II), horrorizándose con la fragilidad natural de la carne; por lo cual también oraba, para que, "si fuera posible, pasara de él la hora" (Mar. XII). Y dijo: "Abba Padre, todas las cosas son posibles para ti, aparta de mí este cáliz; pero no lo que yo quiero, sino lo que tú" (Luc. XXII).

Dijo el ángel a Tobías: Agarra la branquia del pez, y tráelo hacia ti. El Señor agarró al diablo, y a aquel que quiso atraparle en la muerte, lo atrapó y venció muriendo. Sin embargo, agarró su branquia, para que con la diestra de su poder separara la cabeza malísima del cuerpo engañado, es decir, para que quitara del corazón de aquellos a quienes el antiguo enemigo había unido malamente a sí mismo, y como si hubiera hecho un solo cuerpo con él, y los insertara el piadoso Redentor en el cuerpo de su iglesia. Pues el pez tiene la branquia en el confín de su cabeza y su cuerpo. Así como nuestro Señor es la cabeza de su Iglesia, y la Iglesia es su cuerpo; así el diablo es la cabeza de todos los inicuos, y todos los inicuos son su cuerpo y miembros. El Señor, pues, agarró la branquia del pez grandísimo, y lo atrajo hacia sí, y lo arrojó en seco, porque al quebrantar el poder del diablo, lo exhibió públicamente con confianza, y lo sacó del poder de las tinieblas, a aquellos que había previsto que serían hijos de la luz.

Cuando lo hizo, comenzó a palpar en seco ante sus pies. Cuando el Señor, superando la malicia del enemigo maligno, la sacó a la luz, y la hizo manifiesta a todos, intentó aún, en su

soberbia, mover persecución contra sus elegidos, que son sus pies; porque por ellos camina en la tierra el Señor que reina sobre todo en el cielo.

Entonces el ángel del Señor le dijo: Desentraña este pez, etc. El Señor desentrañó al pez, cuando dignó abrir más ampliamente a los santos la malicia del diablo, y como si eviscerara los secretos de sus insidias. Guardó para sí su corazón, porque envolvió en los libros santos su astucia; de la cual está escrito: "Pero la serpiente era más astuta que todos los animales de la tierra" (Gén. III). De este corazón también dijo Pablo: "No ignoramos sus maquinaciones" (II Cor. II). Guardó también la hiel, porque quiso que se escribiera y conservara para el estudio de la cautela, cuánto furor de malicia ejercía contra el género humano. Guardó también el hígado, porque dignó hacernos conocer la madurez de sus malignos consejos contra nosotros a través de los doctores de la verdad. Pues dicen que por el calor y la virtud del hígado se cuecen los alimentos ocultos que se han comido, y llegan a la digestión. Cuando, en verdad, lo que disponemos hacer, lo investigamos con diligente pensamiento en qué orden debe hacerse, es como si cocináramos con el ardor del hígado los alimentos recibidos en el estómago.

Estas cosas son necesarias para los medicamentos de manera útil. La astucia y malicia del diablo, el enemigo antiguo, conocidas por nosotros, nos aprovechan para la curación; porque cuanto más las exploramos con certeza, más cautelosamente las evitamos.

Tobías asó las carnes del pez, etc. Todo lo que tomaron del pez, significa a aquellos que son transferidos de los miembros del diablo a los miembros de Cristo, es decir, que se convierten de la infidelidad a la fe. Todo lo que dejaron, por el contrario, demuestra a aquellos que, habiendo oído la palabra de Dios, prefieren residir entre los miembros muertos y podridos de su engañador, que regresar a la sociedad del Salvador. Asó sus carnes en aquellos que encontró carnales, pero con el fuego de su amor los hizo espirituales y fuertes. De hecho, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles en visión de fuego. Lo demás, dice, lo salaron; lo cual pertenece espiritualmente a los doctores, a quienes se dice: "Vosotros sois la sal de la tierra" (Mat. V). Sin embargo, lo salaron, es decir, Tobías y el ángel; porque el mismo Mediador de Dios y de los hombres, tanto humanamente enseñó a los apóstoles hablando, como divinamente les otorgó en el corazón la sal de la sabiduría.

Llevaron consigo lo que les bastara, etc. Porque el Señor reunió tantos a la fe de Judea, que bastaran, para ejemplo de vida, o para el ministerio de la predicación, hasta que también en las naciones colocara los fundamentos de la Iglesia.

El ángel sugiere a Tobías que, al entrar en la casa de Ragüel, pida a su hija Sara por esposa. Ragüel indica al pueblo de los gentiles, a quien el Señor dignó visitar por medio de sus predicadores; para que de su stirpe tomara para sí una esposa, es decir, hiciera a la misma gentilidad su Iglesia. El nombre de Sara también conviene a la Iglesia, por Sara, esposa del patriarca Abraham, quien engendró a Isaac, hijo de la promesa, es decir, al pueblo libre de la Iglesia. El nombre de Ragüel, que se interpreta como su pasto es Dios, o amigo de Dios; designa a aquel pueblo, que, vencido el engaño del diablo, une a sí mismo y a los suyos a la compañía del Señor, quien sabe decir: "El Señor es mi pastor, nada me faltará" (Sal. XXXII). Y merece oír: "Ya no os llamaré siervos, sino amigos míos" (Juan XV).

A ti se debe toda su sustancia. Y el Padre al Hijo: "Pídeme, y te daré las naciones por herencia tuya", y lo demás (Sal. II).

(Tob. VII.) Entraron a Ragüel, quien los recibió con alegría. El Señor se acercó al pueblo de las naciones por medio de los doctores de su palabra, quien fue recibido con gusto en muchos lugares, como atestiguan los Hechos de los Apóstoles.

Petitus la mano de la hija de Raguel, al principio se asustó, sabiendo lo que había sucedido a aquellos siete hombres; pero, instruido por el ángel, que los impuros no podían tenerla, mientras que Tobías, que temía a Dios, sí podía, pronto consintió en darla. Al escuchar la palabra de fe, el pueblo de los gentiles, y advertido por los apóstoles para que de su descendencia formara la Iglesia de Cristo por todo el mundo, no pudo aceptar las leyes y normas de la nueva fe sin una cierta exploración; sabiendo que durante muchos tiempos antiguos tuvo maestros, que todos, como si estuvieran comprendidos en un número de siete, solo conocían las alegrías de esta vida, no decían nada cierto sobre las eternas, y por eso la destrucción los habría arrebatado sin esperanza de vida inmortal, a la muerte eterna. Pero, instruido internamente por la misma verdad, que resonaba externamente por boca de los doctores, finalmente entendió que era necesario que los necios dijeran cosas necias, y perecieran aquellos que no conocían al verdadero Señor; y con razón el Creador del mundo, viniendo al mundo, asumiera el gobierno del mundo. Y confesando la fe de Cristo, se alegraba de ser santificado por sus sacramentos.

(Tob. VIII.) Introducido Tobías en la habitación con Sara, sacó de su bolsa una parte del hígado, etc. Y el Señor, al recibir a la Iglesia de entre los gentiles, al inicio de su disposición ordena que en cada creyente renuncie a Satanás, y a todas sus obras, y a todas sus pompas; y luego confiese la fe de la santa Trinidad para la remisión de los pecados, lo cual es quemar las entrañas íntimas de la paz con carbones vivos.

Hechos estos actos, el ángel, tomando al demonio, lo ató. Porque después de la renuncia al diablo, después de la confesión de la fe recta, sigue la remisión de los pecados, expulsado el demonio por el agua del bautismo. Lo ató, porque lo retuvo de dañar a los fieles; a quienes, aunque se les permite ser tentados algunas veces, para ser probados, se les prohíbe ser superados para que no desfallezcan en la fe.

Lo ató en el desierto del alto Egipto. Tanto el desierto como Egipto significan los corazones de los infieles, que están desiertos, es decir, abandonados por Dios, cuya morada son indignos. Y estos mismos están, según la interpretación del nombre de Egipto, oscurecidos por las tinieblas de su perfidia. No sin razón, quien es abandonado por la gracia de la luz divina, es llenado por el príncipe de las tinieblas. Así que el ángel, tomando al demonio que deseaba matar a Tobías, lo ató en el desierto del alto Egipto; porque, contenido del rapto de los fieles, que son miembros de su Redentor, el mismo Señor y nuestro Redentor permite que el diablo solo domine a los infieles. En los cuales también lo mantiene atado; porque ni siquiera a los impíos que posee se le permite dañar tanto como desea con furia insaciable.

Mientras tanto, al canto del gallo, temiendo Raguel que Tobías hubiera sido asesinado por el demonio, cavó una tumba con sus siervos; pero al reconocer inmediatamente su seguridad, ordenó que se llenara de tierra. El canto del gallo es el sonido de los predicadores, que cuando cantaban que la mañana y el verdadero día de la fe vendrían al mundo después de las tinieblas del error, había algunos en el pueblo de los gentiles que dudaban si verdaderamente el Señor había vencido al antiguo enemigo, y por eso consideraban más prudente enterrar y ocultar la fe de su nombre; pero después, al reconocer la luz de la verdad, como al avanzar la aurora y aumentar el canto del gallo, es decir, la voz de los doctores, que acostumbraban elevarse con vuelo de corazón ágil hacia los deseos celestiales, expulsaron toda nube de duda

de su mente, y verdaderamente reconocieron que Cristo, habiendo derrotado al enemigo, era el esposo de la santa Iglesia.

Raguel, alegrándose por la vida de Tobías y por la unión y bodas de su hija, hizo matar dos vacas gordas y cuatro carneros, y preparó un banquete para todos sus vecinos y amigos. El pueblo de los gentiles, alegrándose por la fe de Cristo y por la vocación de la gentilidad a Dios, progresaba tanto en el Señor que incluso de su número surgieron doctores, y los mismos después se convirtieron en mártires. Que ciertamente son vacas, porque llevan el yugo ligero del Evangelio; porque también engendran y nutren predicando a aquellos que progresan para llevar el mismo yugo. Son también carneros, porque son padres y líderes de los pueblos, de los cuales se dice: Ofreced al Señor hijos de carneros (Salmo XXVIII). Son vacas gordas, porque los doctores están llenos de la gracia de la delectación celestial. De la cual el salmista ora: Como de sebo y grosura se sacie mi alma (Salmo LXII). Son dos vacas sacrificadas, porque cualquiera que por Cristo mortifica su cuerpo voluntariamente para ser una hostia viva, o se entrega en manos de los infieles para ser asesinado: tales, sin duda, han aprendido a estar firmes contra el enemigo con las armas de la justicia, a diestra y siniestra, es decir, en prosperidad y adversidad. Son cuatro carneros sacrificados, porque los santos doctores y mártires conservan con fe y obra los cuatro libros del santo Evangelio, porque están protegidos por las cuatro virtudes principales, prudencia, fortaleza, templanza, justicia; porque instituyen el rebaño de Cristo por todo el mundo, que se distingue en cuatro partes. Raguel hizo sacrificar vacas y carneros, porque el pueblo de los gentiles enseñó que aquellos que de su estirpe habían venido a la fe, eran tales que la preeminencia de la virtud el enemigo intentaría tentar, pero no los vencería tentados, sino que podría hacerlos mártires victoriosos. O ciertamente él mismo hizo sacrificar a aquellos que enseñó a crucificar su carne por Cristo con sus vicios y concupiscencias. Con cuyo sacrificio preparó un banquete para todos sus vecinos, porque el progreso, la vida, la pasión y la corona de los santos, dan alegría a muchos, y como un banquete, reciben ejemplos de los cuales se alimentan.

Y Raguel conjuró a Tobías para que permaneciera dos semanas con él. También nosotros conjuramos a nuestro Señor, orando para que permanezca con nosotros, hasta que alcancemos la perfección del santo descanso por la gracia del Espíritu Santo, en la cual descansemos de los actos serviles, es decir, de los pecados en el cuerpo, y de los pensamientos perversos en la mente; y descanse en nuestro corazón y cuerpo aquel que dice: ¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo y que tiembla ante mis palabras?

(Tob. IX.) Tobías pidió al ángel que, tomando animales o siervos, fuera a Gabael en Rages de los medos, le devolviera su escritura, y recibiera de él el dinero, y lo invitara a sus bodas, y él accedió. Los fieles, es decir, los miembros de él, piden al Señor que tome a algunos de los creyentes, y les confie el negocio de predicar la palabra, y él mismo venga en ellos a recoger en su fe a las naciones que aún no han recibido los misterios de la fe, sino que solo han oído su fama; y les conceda propicio, que el talento de la palabra que han aprendido por la fama, lo devuelvan por la obediencia de la fe; y ellos también se agreguen a las bodas de la santa Iglesia, en las cuales el esposo es Cristo, en las cuales hizo vino nuevo del agua, es decir, da la inteligencia espiritual de la ley, creyendo y viviendo rectamente. Y el Señor no se niega, sino que, acogiendo los votos de los que bien ruegan, reúne diariamente nuevos pueblos en la Iglesia. Puede, como se dice arriba, entenderse espiritualmente de aquellas naciones que recibieron la letra de la ley por los setenta traductores: y por eso podían aceptar la fe más rápidamente, como la tenían en libros conocidos.

Tomando entonces Rafael a cuatro de los siervos de Raguel, y dos camellos, fue a Rages de los medos; y contándole todo sobre Tobías, recibió el dinero, y lo hizo venir con él a las

bodas. Los siervos de Raguel y los camellos son predicadores elegidos de entre los gentiles, por quienes el Señor también recoge a otros. Siervos, porque sirven a la necesidad de aquellos a quienes evangelizan. Camellos, porque también llevan las cargas de la debilidad de ellos con la sujeción fraterna de la caridad. Por qué son cuatro siervos y dos camellos, se mostró arriba, donde se sacrifican dos vacas y cuatro carneros. Tales, con la ayuda de Rafael, llevan a Gabael a las bodas de Tobías, cuando en la unidad de la Iglesia de Cristo, nuevos pueblos, con la ayuda divina, los santos predicadores agregan.

(Tob. X.) Al demorarse Tobías por causa de las bodas, sus padres se entristecieron porque no regresaba a ellos en el día señalado. Y ahora, al demorarse Cristo por la fe en la Iglesia congregada de entre los gentiles, cualquiera que individualmente de los judíos se convierta a su fe, se duele mucho en el alma; porque el Señor tarda en venir a salvarlos, retenido entre los gentiles. A quienes bien les corresponde, que su madre pobre, y como privada de esposo e hijo, decía con mucho dolor:

¡Ay, ay, hijo mío, por qué te enviamos a peregrinar, luz de nuestros ojos, bastón de nuestra vejez, etc. Y lo que Tobías, consolándola, responde: Calla, y no te turbes, nuestro hijo está sano, etc., conviene a los mismos que ahora creen de entre los judíos; que se consuelan a sí mismos y a los suyos en esto aún, que verdaderamente habrá un tiempo cuando el Señor regrese a ellos, y entonces todo Israel será salvo; sabiendo que el Señor es suficientemente fiel, quien lo prometió. Porque como enseñamos arriba, el mismo Tobías, tanto por su ceguera representa a los incrédulos, como por la fe a los creyentes, según el modo acostumbrado en las Escrituras.

Raguel pide a Tobías que permanezca más tiempo con él, y no es escuchado, diciendo Tobías: Yo sé que mi padre y mi madre ahora cuentan los días, y su espíritu se angustia en ellos. Y cuando la plenitud de los gentiles haya entrado, nadie podrá impedir a Dios que también otorgue la salvación a Israel, y quite su ceguera, que en parte ha sucedido. Porque la divina clemencia recuerda que hay gran tristeza y continuo dolor en el corazón de los creyentes de entre los judíos por la ceguera de los incrédulos, que son sus parientes según la carne, que son israelitas.

Entonces Raguel despidió a Tobías a sus padres, entregándole a Sara con mucha riqueza. Al final, los doctores de la Iglesia envían a Cristo, con la misma Iglesia llena de las riquezas de las virtudes, para iluminar con fe y enriquecer con la sustancia de buenas obras al pueblo judío, del cual tomó carne.

(Tob. XI.) El ángel precedió y Tobías a sus padres; luego los siguió su esposa con la riqueza y su familia. Después de que el iluminador padre precede con la gracia divina para iluminar la ceguera del pueblo judío, y en sus escrituras reconocen que Cristo es verdadero Dios y hombre, y después del reconocimiento de la fe recta, como viendo al ángel y a su hijo, a quienes no habían visto durante mucho tiempo, mucho se alegran; así finalmente se unen a la santa Iglesia, que está congregada de entre los gentiles, en la participación de los misterios celestiales.

Al acercarse a la casa, el perro que había estado con ellos en el camino, corrió adelante, y como un mensajero que llega, se alegraba con el movimiento de su cola. No debe despreciarse la figura de este perro, que es viajero y compañero del ángel. Los doctores, como enseñamos arriba, expresan a la Iglesia, que a menudo luchando con los herejes, ahuyentan a los lobos feroces del redil del Pastor supremo. A quienes bien les corresponde, que es natural en los perros devolver el favor a los benefactores, y mantener vigiliat solícitas

por la salud de sus amos. Así que el perro corre adelante; porque primero predica la salvación a la casa, luego el Señor ilumina los corazones del mundo. Y dice bien como un mensajero que llega, porque ciertamente cada doctor fiel es un mensajero de la verdad; bien, se alegraba con el movimiento de su cola: la cola, que es el fin del cuerpo, insinúa el fin de la buena obra, es decir, la perfección, o ciertamente la recompensa, que se otorga sin fin. Así que el perro se alegraba con el movimiento de su cola, cuando revisaba las casas de sus amos, de las cuales había estado ausente durante mucho tiempo. Los doctores se alegran del afecto de su obra, cuando entienden que Judea será recogida por el Señor a través de su ministerio. Se alegran de la percepción de la recompensa de la vida eterna, y de esta misma recompensa común a todos los elegidos, alegran los corazones de aquellos a quienes predicán, mientras les prometen la gracia de Cristo que vendrá pronto.

Anunciando entonces el perro que Tobías había llegado, su padre ciego, levantándose, comenzó a correr tropezando con los pies. Al escuchar de los doctores la palabra de salvación, el pueblo hebreo se levantó de su largo letargo de perfidia, corre con amor al Señor; aunque tropezando con los pasos de las obras, hasta que la plenitud de la fe y la buena obra, reciba la luz regenerado en Cristo, e instruido.

Y dando la mano al niño, corrió al encuentro de su hijo. El ciego da la mano al niño, para que con paso sin tropiezo de obra corra al encuentro del Señor; que aunque él mismo aún no entiende plenamente el camino de la fe, se esfuerza por dar su asentimiento a aquel que ha conocido bien la luz de la verdad, para que llegue al Señor.

Y recibéndolo, lo besó con su esposa, llorando de alegría. Recibiendo con alegría Judea al final la unión de Cristo, unió también el llanto: alegrándose, porque cree; dolida, porque llegó tan tarde al Señor.

Entonces Tobías, tomando de la hiel del pez, ungió los ojos de su padre. Y el Señor revela a los creyentes más claramente cuánta es la malicia del antiguo dragón, que una vez deseaba devorarlo en la pasión; pero por esto él mismo fue más bien asesinado, perdió sus miembros, es decir, aquellos que antes tenía.

Comenzó a salir de los ojos de Tobías como una membrana de huevo la albugo, después de que fueron ungidos con la hiel del pez, y recobró la vista. Y el pueblo de los judíos, después de conocer la malicia amarguísima del enemigo más malvado, recobrarán la luz perdida. La albugo, que había ocupado sus ojos, designa la necedad de complacerse a sí mismo. Tienen celo de Dios, pero no según ciencia (Rom. X). Y como dice de nuevo: Queriendo establecer su propia justicia, no se han sometido a la justicia de Dios (Ibid.). La pupila negra ve, la blanca se oscurece. Y aquellos que se creen sabios, diciendo: ¿Acaso también nosotros somos ciegos? (Juan IX), en ellos no está la verdad. Pero aquellos que, conscientes de su fragilidad e ignorancia, saben decir: Dios mío, ilumina mis tinieblas (Salmo XVII); estos disfrutarán de la luz de la vida en el Señor. Bien, la albugo era como una membrana de huevo, porque por los huevos se designa la esperanza; porque evidentemente aún no está vivo, aún no es animado, pero se separa del ave que lo puso, cuando viva, proceda, corra, vuele. Y el Apóstol dice: Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Luc. XI). Por eso, en la parábola evangélica bajo el nombre de pan, pez y huevo, se expresan las tres virtudes supremas, a saber, fe, esperanza y caridad. Así que el pueblo de los judíos aún tiene un velo ante la cara del corazón, para que no entienda la gracia de Cristo. Tiene albugo, porque se ve a sí mismo blanco y justo sobre todos. Pero tiene el mismo albugo como una membrana de huevo; porque soporta la ceguera de la mente, bajo la esperanza más necia y superflua de que Cristo nacerá en la carne, y los liberará y les dará un gran reino por todo el mundo. Pero a

quienesquiera de ellos se les quite la oscuridad del error, reconocerán que Cristo ya vino, y redimió al mundo con su sangre. A quienes les corresponde bien lo que sigue:

Porque, recobrada la vista, Tobías glorificaba a Dios con su esposa, y todos sus conocidos, diciendo, Te bendigo, Señor Dios de Israel, porque tú me castigaste, y tú me salvaste, etc. Siete días de luz de gracia espiritual, que se toma como septiforme, insinúan. Después de siete días, iluminado Tobías, entra su esposa, porque después de que Judea sea iluminada por la fe, después de que reciba la gracia del Espíritu Santo, entrará a ella la Iglesia, para que haya un solo rebaño y un solo pastor, y sea una sola casa de Cristo firmada en una sola piedra angular.

Entraron también los ganados y camellos, y la gran riqueza de su esposa. Muchas personas fieles, muchas virtudes de la Iglesia entonces se congregan en el pueblo de los judíos.

Pero también aquel dinero, que había recibido de Gabael. También se le devuelve el conocimiento de las Escrituras, que alguna vez prestaron a los gentiles.

Vinieron los primos de Tobías, felicitándolo por todos los bienes que el Señor le había hecho, y durante siete días se banquetearon con él. Esto es lo que en el cántico de Moisés se dice: Alégrense, naciones, junto con su pueblo (Rom. XV). Siete días se banquetearon juntos; porque se alegran en los dones espirituales y virtudes. El ángel, a punto de regresar al cielo, les expone más claramente quién es él, y por qué vino, y que regresará a Dios. Y el Señor, a ese pueblo entonces progresando, más ampliamente les revela los dones de su conocimiento, abriendo y mostrando a todos, que él está en el Padre, y el Padre en él. Así que el ángel regresa a Dios, Tobías permanece con su padre. Y el Señor es entendido por los elegidos, igual al Padre en divinidad, consubstancial a nosotros en humanidad.

(Tob. XIII.) Entonces, abriendo su boca el anciano Tobías, bendijo a Dios. Confesó su severidad y misericordia, y al mismo tiempo advirtiendo a los fieles que siempre prediquen sus beneficios, teman sus castigos; y lleno del espíritu de profecía, canta mucho en alabanza de la Jerusalén celestial, nuestra madre. Y el pueblo de los judíos convertido al final de los tiempos a la fe, tendrá muchos doctores y hombres proféticos, que encenderán las mentes de los prójimos hacia los deseos celestiales, mientras resuenan con voz frecuente las alegrías perpetuas de la patria celestial.

(Tob. XIV.) El anciano Tobías, en la hora de su salida, llamó a su hijo Tobías, y a sus siete hijos, sus nietos, y les dijo que la destrucción de Nínive estaba cerca, y la restauración de Israel. Y entonces en Judea, los doctores fieles y justos viendo esto, saliendo de este mundo, amonestan a sus parientes, que el mundo ya se acerca a su fin, y los bienes de la vida futura están próximos a venir. Pero amonestan esto especialmente a aquellos que ven renacidos por la gracia del Señor, y llenos del don del Espíritu septiforme; que es ser hijos de Tobías el Joven en número de siete, y estos jóvenes, es decir, fuertes en la fe y venciendo al maligno.

Dirijan sus pasos, para que salgan de Nínive. Porque veo que su iniquidad le dará fin. Y esto es lo que dicen los fieles a sus oyentes: Dirijan la intención de su corazón, para que dejen los deseos de este siglo y de la conversación terrena, y con toda la mente busquen las celestiales. Porque es evidente que tanta es la multitud de los perversos, tanta la transgresión de los preceptos de Dios por todo el mundo, que no puede terminarse de otra manera que con la exterminación del mismo mundo, como una vez en el diluvio y la abolición de todo el género humano.

Tobías se alejó de Nínive con su esposa, sus hijos y los hijos de sus hijos, y regresó a casa de sus suegros, encontrándolos en buena vejez. Esto lo hace el Señor cada día, y lo hará hasta el fin del mundo, cuando, dejando a aquellos que reconoce que no son suyos, se vuelve para visitar e iluminar los corazones de aquellos que ha predestinado a la vida eterna. A estos los encuentra en buena vejez, alegrándose de que, con su don, se hayan dedicado durante mucho tiempo a las buenas obras. De lo contrario, los ve en mala vejez, y por eso pasa de largo a aquellos que, viviendo lejos de lo divino, no son maduros en consejo, ni venerables por la blancura de buenas acciones como si fueran canas, sino que están encorvados por el peso de los vicios. De estos dice Isaías: "El niño de cien años morirá, y el pecador de cien años será maldito" (Isa. LXV). Con razón estará sujeto a maldición por sus pecados, quien, habiendo vivido muchos años, nunca se preocupó por abandonar la ligereza infantil de ánimo.

Los encontró en buena vejez, sanos, etc. Y el Señor y nuestro Salvador cuida de aquellos que ha conocido que perseveran en la integridad de las buenas obras. Él cierra la mirada de sus corazones al deleite de la vida presente, elevándolos a la contemplación de la luz perpetua. Él los lleva a los cielos después del término de esta vida. Suya es la herencia, de la cual el profeta canta para él: "Levántate, Dios, juzga la tierra, porque tú heredarás entre todas las naciones" (Sal. LXXXI).

Y habiendo completado muchos años en el temor del Señor con alegría, todos sus parientes lo sepultaron. La sepultura de Tobías representa la fe de todo el mundo, cuando nuestro Señor, con todo su cuerpo, que es la Iglesia que redimió, entra en el descanso eterno, con los ángeles regocijándose por la sociedad de los hombres redimidos, y colocando a cada uno, miembros de su Creador, en las diversas mansiones de la patria celestial, según la diversidad de méritos.

Y toda su generación permaneció en buena vida y santa conversación. Esto es, una generación a lo largo de todo el mundo y todo el tiempo del siglo, de los que buscan al Señor, que buscan el rostro del Dios de Jacob (Sal. XXIII). De la cual también dice: "La generación de los rectos será bendecida" (Sal. CXI). ¿Y qué vida es mejor, qué conversación más santa, que permanecer perpetuamente en la gloria de su Creador?

De modo que fueron aceptos tanto a Dios como a todos los habitantes de la tierra. Los hombres llevados a la patria celestial serán aceptos a Dios, por cuya gracia han sido redimidos, y serán aceptos también a los ángeles, cuyo número completarán, con quienes serán unidos en perpetua fraternidad. Estos son los habitantes de aquella tierra, de la cual el Señor dice: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra" (Mat. V); la cual deseando ver, decía el salmista: "Creo que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivientes" (Sal. XXV).